

Ken Loach,  
Espiga de Oro  
en Valladolid  
PÁGINA 42



# Cultura

Entrevista a la cineasta Leni Riefenstahl, página 43 / Eric Hobsbawm publica sus memorias, página 44 / La MTV llena de música el Mercat de les Flors, página 46 **CARTELERIA PÁGINA 47**

CONFESIONES DE UN NOVELISTA

## Magris: amor, literatura y muerte

El autor de "El Danubio" presenta en Barcelona un libro de su mujer fallecida



El ensayista y novelista italiano Claudio Magris, fotografiado en 1999 en Barcelona

NURIA AMAT  
Fotografía: Sergio Sposato

**E**l jueves, el autor de "El Danubio", Claudio Magris, presenta en La Central de Barcelona el libro "El claro del bosque" (editorial Minúscula), de Marisa Madiere, su fallecida esposa. Hace unos meses pude hablar de ella, de su obra y de literatura con Magris en la ciudad que ambos compartieron, Trieste.

En el café I Specchi, donde Magris me había citado, apenas había sentados un par de clientes soñolientos. Por la puerta circular de vidrio entró el profesor con su característico impermeable ceniza y un pesado maletín. Avanzó hacia mí con una gran sonrisa. Su cabello corto, oscuro y algo rebelde en el nacimiento de la frente le daba cierto aire de adolescente treintoso. No llegaba tarde pero se excusó. También me pidió excusas porque el café San Marco, su lugar habitual para encuentros de trabajo, estaba cerrado por obras.

"Soy -dijo- un neurótico melancólico. Por el contrario, Marisa era una mujer serena, muy sensible, hermosa y tranquila. Ella está en todo 'El Danubio'. Mientras escribía el li-

bro siempre tuve en cuenta su juicio literario. Sus opiniones y comentarios a propósito del relato viajero a lo largo del Danubio que cruza Europa eran tan cultos como sentidos. Me ayudó a censurar fragmentos. Ya sabe a lo que me refiero. Los escritores solemos excedernos cuando escribimos. Ella es a la vez personaje y colaboradora de la narración. Por

ejemplo, fue la primera en leer 'Auto de fe', de Elias Canetti. Luego me instó a que leyera esta novela. Y no hay duda de que Canetti ha sido determinante en mi vida y en mi literatura." Le interrumpí para avisarle de que Marisa Madiere apenas escribió dos libros y le pregunté si una de las razones de este silencio no sea debido a que era la mujer de Claudio Ma-

gris. "Sinceramente, no lo creo. Para Marisa la familia, la casa, los hijos, la vida en sí, eran mucho más importantes que la escritura. Estoy casi convencido de que el éxodo que tuvo que vivir con su familia marcó su vida de tal modo que para ella siempre fue preponderante la búsqueda de una casa firme, lo que se llama una vida tranquila y plena." En "Verde agua" da la impresión de que la escritora estuviese buscando también la casa de la escritura. Y en este libro lo consigue de pleno.

La escritora narra desde su casa de Trieste el éxodo de tantos italianos que por haber nacido en Fiume, territorio fronterizo, se convirtieron en yugoslavos. A partir de aquel momento, su vida será un exilio constante, niña

*Magris elogia el valor de su mujer, a la que sólo vio llorar una vez durante su larga enfermedad*

separada de padres y hermanos hasta que por fin se instaló en condiciones modestísimas y comunitarias en Trieste en un almacén llamado El Silo, que se encuentra junto a la estación de trenes. En un momento de la conversación, Claudio Magris me dice que solamente la vio llorar una vez. Él, en cambio, en su último libro publicado en España, "Utopía y desencanto", asume ser un pobre yo que viaja a la deriva y con miedo a equivocarse. "Estoy lleno de miedos y me paso la vida haciendo payasadas. Soy todo menos un personaje heroico, fuerte e inteligente."

"La verdad de la literatura -prosiguió Magris- es la amistad de los escritores. La literatura ha dejado de ser un viaje por mar o por la vida. Es un viaje por la literatura. Escribo para detener el tiempo y saber que no me espera nada más hermoso que el presente que vivo." Se me ocurrió decirle que Quevedo se refería a algo parecido cuando anunciaba que escribir era conversar con difuntos. "Es verdad que para escribir necesito una cierta acumulación de experiencia, conocer cosas. Mi cabeza es como una hacha en la que pesan las ideas y se ocultan fantasmas. El texto creativo, lo que llamamos novela, termina por imponer su voluntad sobre mí. Todo lo contrario de lo que me sucede cuando escribo ensayo, pues entonces el mando del timón es sólo mío. La narración creativa tiene sus leyes. Por eso es tan estimulante. Cuando escribía 'El Danubio' tenía intención de añadir una serie de cosas en el texto, pero la magia del propio libro terminó impidiéndolo. La novela es un género muy seductor para aquellos escritores que seguimos creyendo en la literatura como arte. A diferencia de lo que ocurre en otros textos, en la novela la voz es la que manda. Las ideas, y hasta diría que las palabras, vienen del exterior. Hay que obedecerlas." ■

### Una partida de ajedrez con el tiempo

"Tal vez escriba para justificar mi existencia individual en este viaje a ninguna parte que es la vida." Magris llama al camarero. Pide para mí una bebida achampañada de color rosado que, me asegura, es típica de Trieste. Cuando habla mira directamente a los ojos como si estos fueran los responsables tanto de lo que quiere decir como de lo que pretende seguir

manteniendo en secreto. "He llegado a una conclusión. Para mí, escribir ensayo consiste en mostrar la herida. Por el contrario, la novela tiene la virtud y la necesidad de sanarla. Mi opinión sobre la literatura se acerca mucho a Isaac Bashevis Singer, quien veía la vida como una partida de ajedrez que el hombre juega diariamente con Dios o con su representante prefe-

rido. Escribir es jugar una partida de ajedrez con el tiempo. En este oficio también cuenta el juego hábil y la elección inteligente. El escritor tiene tendencia a encerrarse en sus propias pretensiones estéticas, narcisistas, y en no ver nada más." Y después, dice: "El dolor más grande ante la muerte, es que el mundo prosiga su marcha indiferente al que se muere".